

pues Justo puesto que así lo exige su felicidad y la de mi hijo.

Son las cinco de la tarde, murmuró éste, á las siete debe salir el tren que puede conducirnos á Liverpool; allí tomaremos aunque sea un buque de vela para llegar pronto á Nueva York, y ya una vez en nuestra patria, todo nos será mas fácil.

No Justo no es á Nueva-York adonde debemos dirigirnos; el Duque sabe muy bien que esa es mi patria; comprende que Milord puede seguirme, y si para deshacerse de mí no le detiene ni la idea del crimen, le seria muy fácil llevar allá mismo la persecucion que me prepara.

Yo creo que en el caso de que nos vayamos, debemos trasladarnos á Francia ó Italia, donde las pesquisas del Duque no podrán fácilmente descubrirnos.

Bien Señorita si os parece, podemos trasladarnos á Francia; pero el caso es partir pronto esta misma tarde.

Entonces, espérame; voy á escribir unas cuantas líneas á Milord que tú mismo le llevarás; entre tanto prepara lo mas necesario para nuestro camino; yo vestiré un traje humilde, para confundir mas las averiguaciones que se hagan.

Todo lo hice como lo pensé, hijo mio; escribí á tu padre marcándole el lugar á que entonces me

dirigia; le suplicaba ademas que no me buscara por lo pronto, y que si preguntaban sus padres preguntaban por mí, como era natural, les manifestase: que estando el niño un poco indispuerto, y habiendo mandado los facultativos un cambio pronto de temperatura, habia yo partido para mi patria, mientras se arreglaba todo lo concerniente á nuestro enlace; cuya oposicion de parte del Duque y de su esposa me era muy duro presentiar.

Nada decia á Edmundo sobre el crimen que se intentara cometer contra nosotros pues comprendia que hubiera sido arrojar en su corazon un odio eterno contra sus padres, y temia la explosion que esta noticia podia producir en su carácter; deciale sin embargo que un secreto terrible me obligaba á partir aquella misma noche, porque así lo exigia nuestra mutua felicidad y la de nuestro hijo.

Cuando hube concluido llamé á Justo, y entregándole mi carta le encargué la pusiese en las propias de Milord.

Esto seria imposible Señorita, murmuró mi fiel servidor; leer vuestra carta Milord y volar á vuestro lado, seria obra de un momento y entonces todo lo perderiamos, porque no os dejará partir, ó bien querrá irse con nosotros en cuyo caso será tan grande la cólera del Duque y de su

esposa, que nada nos podrá sustraer de su furor, y él mismo tendrá que soportar todos los efectos de su ira.

—¿Y qué hacer entonces, partir, y no avisarle al menos..... esto es imposible.

—Si bien os parece Señorita, dejaré vuestra carta en manos de un fiel amigo, el cual no lo dudeis, la pondrá en poder de Milord, pocos momentos después de que nos hayamos alejado.

—¿Tienes seguridad de que se le entregará esa carta?

—Sí Señorita, tanta como si yo mismo lo hiciese.

—Pues entonces, llevala, y con ella entrégale á ese buen servidor, que ha salvado nuestra vida, estos billetes de banco; son doscientos pesos, con los cuales si tiene temor de que se sospeche de él, puede también partir.

Justo besó mi mano al tomar en la suya lo que yo le entregaba, y luego desapareció.

Entonces cambié yo de trage, y arreglé todo para nuestro viaje en punto á cuentas nada tenia pendiente; porque siempre pagaba con adelanto; solo puse unas cuantas líneas al dueño del palacio devolviéndole las llaves de él; y entreguélas al Mayordomo con orden de darselas al siguiente día.

Eran las seis y media cuando vestida modestamente, y acompañada de Justo y de la anciana que

en mi compañía habia traído, salíamos del palacio poco antes de las siete partía el tren que nos debia llevar hasta el canal de la Mancha; no pude reprimir el llanto, al perder de vista la grandiosa capital de Inglaterra en la que dejaba la mitad de mi corazón; pues amaba yo á Edmundo, con toda el alma.....

Aquí se vió obligada á interrumpir mi pobre madre su narracion, porque el llanto embargaba su voz y se hallaba muy fatigada con la relacion que me habia hecho.

La conmocion de mi madre como era natural, produjo también la mia. Tomé su mano, la coloqué sobre mi corazón, y en seguida silenciosamente la llevé á mis labios, cubriéndola de besos, y al mismo tiempo de lágrimas!.....

La sencillez con que mi querida madre me relataba sus desgracias, no podia menos que conmovirme.

¡Ah madre mia! exclamé viendo que sus lágrimas aumentaban; ¿os daña mucho el recuerdo de aquellos tiempos?

Si Genaro, me presenta con viveza lo que ya he adormecido en mi alma, y por eso ves correr mis lágrimas de nuevo.

Temo que os pueda dañar esta conmocion, madre mia, y si no os considerais fuerte, no prosigais, prefiero esperar hasta mañana.

No Genaro, nada temas, pronto podré contenerme, y aun en el caso de que me veas llorar á menudo, no te aflijas, porque mi vida ha sido siempre de amargura y de continuo llanto. . . . ¿podía no llorar, teniéndote lejos de mí? ¿podía no llorar, sabiendo que me amabas, que deseabas vivamente que yo te perteneciese por completo; que me pudieses dar el dulce título de madre, y que esto no era posible? ¡Ah! Tenia tantos motivos de amargura, que el llanto era para mí un desahogo, un verdadero descanso!.....

¡Pobre madre mia! exclamé viéndola fijamente; antes pensaba que era imposible que vosotros pudieseis padecer lo que yo sufría; y hoy veo que vuestros martirios han sido tan grandes como los míos.

Siguióse á estas palabras un rato de silencio después del cual mi pobre madre continuó el relato de su historia en estos términos:

Cuando estuvimos en Francia, no encontrándonos aun seguros, nos dirigimos á Italia, y allí vestida yo y mi compañera como las mujeres de la clase media, tomamos una humilde casita en la cual Justo hacia de jefe.

Yo aunque no podía estar del todo contenta con mi situación, si puedo decir que hasta cierto punto estaba conforme; tenia la secreta seguridad del amor de Edmundo, y por otra parte, tu vida para mí tan preciosa, no peligraba ya; podía yo darte el dulce

título de hijo; sustentarte con mi leche, y hacer para contigo los oficios de una verdadera madre.

Así se pasaron seis meses, durante los cuales no recibí una letra de Milord, lo que como comprenderás fácilmente, comenzó á alarmarme; tuve aun valor para esperar mas, y se pasó un año sin que recibiese noticia alguna; entonces, no teniendo ya fuerza para aguardar con calma, llamé á Justo y le dije: Mira, es preciso que partas para Lóndres, y que nos abandones; hace un año que vivimos aquí, en una completa calma; pero esa calma en el exterior, no existe en el fondo de mi corazón; estoy inquieta por Edmundo, sí muy inquieta; no comprendo cuál pueda ser el motivo de su silencio; marcha pues, y entrando disfrazado al servicio del Duque, introdúcese en los pormenores de esa casa; ántes de hablar á Edmundo escudriña su corazón, y mira si conserva aún el mismo amor por mí: si así fuese, dile cuál es mi paradero y tráelo en tu compañía, para que se efectue nuestro enlace; pero si su ternura no es la misma, si comprendes que ama más su título de nobleza que á Matilde, entónces Justo no le digas nada, ¿me comprendes? nada le digas.

Justo fué siempre un servidor sumiso y obediente: viendo cuál era mi deseo, no tuvo otro pensamiento que cumplirlo.

—Me aflige dejaros solos, me dijo, y si quereis no muy léjos de aquí, en Venecia tengo una esposa y una hija, con quienes podria llevaros.

—No Justo, siempre seria muy sospechosa mi presencia en tu casa; quizá daria esto lugar á disgustos. Además yo quiero estar sola, porque como tú lo ves, á veces me siento propensa á llorar y no lo podria hacer con libertad.

Justo ya no replicó más, sino que obedeciendo con presteza mis órdenes, partió para Lóndres, mientras yo completamente dedicada á tí, te enseñaba á pronunciar las primeras palabras.

Se pasaron varios dias llenos para mí de la más viva ansiedad. Justo no volvia ni recibia yo noticias suyas: esto como era natural, me tenia muy alarmada; por fin comencé á implorar de mil maneras la misericordia del Señor sobre mí; porque hijo mio, á pesar de ser criolla de los Estados Unidos, donde la religion dominante es desgraciadamente el protestantismo, mi familia habia tenido la inmensa dicha de ser siempre católica, y á mí me habian creado, bajo la bella y severa, pero dulce al propio tiempo moral del Evangelio: pedí á Dios con todo el fervor de mi alma, que aliviase de alguna manera el peso de mi infortunio, que recibiera presto alguna noticia que viniese á calmar mi inquietud; y el Señor siempre

rico en misericordia, se apiadó de mis tormentos.

Una tarde iba yo al templo, cuando noté que un hombre se dirigia velozmente hácia á mí; al principio temí, pues te llevaba yo en mis brazos luego cuál fué mi contento al descubrir á Justo. ¡Ah! hijo mio, no puedes figurarte la emocion que se apoderó de mí. Sin embargo, ántes de hacerle la menor pregunta, penetré en el santuario, y cuando hube concluido con el deber que allí me llamaba entonces interrogué á mi buen servidor.

—Señorita me dijo Justo, triste es lo que tengo que comunicaros, y necesitais de todo vuestro valor para escucharme.

—Habla, repuse á mi fiel servidor, á todo estoy resignada.

Justo entonces añadió:

—Debeis separaros de este niño.

—De mi hijo? pregunté llena de temor, ¿y por qué?

—¡Ah! señorita, nuestro paradero ha sido descubierto, y la vida de Genaro peligra á cada instante; sí, aquí mismo nos rodean por todas partes enemigos, y la familia de Milord, implacable, trata á todo trance de exterminar al niño, á quien Milord ha jurado reconocer como el único heredero de su nombre y de su fortuna. Esto,

como supondreis, ha excitado contra vos y vuestro hijo todo el odio del duque, y tiene espías por todas partes, habiendo jurado no descansar en su persecucion hasta no exterminar al niño y á la madre.

Las palabras de Justo helaron mi corazon de espanto.

—¿Y Milord? pregunté tímidamente.

—Milord no estaba en Lóndres, repuso mi fiel Justo, habia partido en vuestra busca, y no encontrandoos en Francia, se halla hoy en América.

Así hablando llegamos á la humilde casa que nos servia de habitacion; yo no sé Genaro porque aquella noche tenia presentimientos terribles; desde que supe que la familia de Milord no ignoraba el punto en que nos habiamos refugiado, temblaba por tí hijo mio; tenias entónces un año. Cuando llegó la hora de acostarnos, te tomé en mis brazos, y postrándome delante de una imágen de María, pedí al cielo recayesen sobre tí sus bendiciones y protegiera tu tierna é inocente vida. Cuando hube concluido mi plegaria tú dormias, y mas tranquilo ya espíritu, te coloqué en tu cuna y me recosté en mi lecho teniéndote á mi lado. Dos horas se pasaron sin que el sueño cerrara mis pupilas; en la casa reinaba el mas profundo silencio; repentinamente un rumor,

como de una puerta que se abria me hizo estremecer; me incorporé en mi lecho y á poco ví penetrar en mi estancia á un hombre; al verlo arrojé un grito de espanto, y precipitándome á tu cuna te tomé en mis brazos, tú dormias tranquilo, sin comprender hijo mio el peligro que te amenazaba; yo te estrechaba contra mi pecho y pedia auxilios á grandes voces; el hombre entónces corrió hácia mí, y desnudando su espada, me dijo:

—Si dais un grito mas la introduzco en el pecho de ese niño.

Aterrorizada yo con estas palabras permanecí en silencio, y con trémulo acento pregunté al desconocido qué queria de mí. Una sonrisa irónica fué su única respuesta, y tomando bruscamente mi brazo, exclamó con imperioso tono:

—Dadme ese niño.

¡Qué yo os dé á mi hijo! repliqué con acento resuelto.....¡Ah! solo lo tendreis pasando sobre mi cadáver.

Entónces, Genaro, se entabló una lucha terrible entre el desconocido y tu infortunada madre; él queria arrebatarte de mis brazos y yo te defendia con las fuerzas todas de mi sér; despertaste entónces, y aterrorizado con aquella escena, prorumpiste en llanto. Esto nos salvó hijo mio, porque en el momento en que yo, exahusta ya

de fuerzas y de vida caía en el pavimento y tú pasabas á los brazos del desconocido, Justo apareció en la puerta; al verlo arrojé un grito de placer y perdí el conocimiento!..... Cuando volví en mí, era de día, todo estaba en calma á mi alrededor; Justo teniéndote en sus brazos permanecía á la cabecera de mi lecho, y nada me recordaba la terrible escena de la noche anterior. ¡Ah! pero su imagen se habia impreso en mi alma; mi primer movimiento al volver á la vida fué tomarte en mis brazos y cubrirte de caricias y de lágrimas.

Juseo entónces conmovido me dijo:

—Señorita, vuestra vida al lado de ese niño sería de continuos sobresaltos, vos lo denunciáis y comprometéis su vida y la vuestra, es preciso que os resignéis al sacrificio!.....

—Sí, tienes razon, respondí á Justo, yo no puedo vivir á su lado, porque mi presencia lo acusa y lo condena. ¡Pobre hijo mio! te será preciso separarte de tu madre, y estarás condenado quizá á no conocer nunca á los autores de tue dias!.....

—Al hablar así, te estreché contra mi corazon y redoblé mi llanto, en vano intentó Justo consolarme, sus palabras solo sirvieron para aumentar mi dolor!..... Sin embargo, el sacrificio esta-

ra consumado; yo viviria sin hijo!.....tú vivias sin madre.

Pero dejemos á Genaro y volvamos á Munich.